

---

**Resumen:** El artículo-carta pretende analizar el valor cívico que supone diseñar, desde el pensamiento creativo, espacios de lo común donde reconocernos como sujetos de los mismos. Y con ello, poder llevar a la práctica el significado y las consecuencias posibles de una actitud de escucha y contemplación que permita ser, más allá de lo teórico, *primus inter pares*. Con una metodología “en movimiento”, el pensamiento se deja guiar por vínculos entre lo presente y la memoria involuntaria, configurando un mapa siempre abierto de motivos e interpelaciones, propio de la experiencia estética, en la que los detalles cobran un valor extraordinario. Para ello, se parte del relato mítico que atribuye a la diosa Atenea la fundación de la ciudad democrática, representada por Atenas. Recorrer, sin “pre-juicios” ni planes canónicos el poso que subyace en la interpretación profunda del relato, también es una presentación de “Athena”: razón poética concibiendo, sin excluir ni la vulnerabilidad ni el deseo, espacios tan concretos como imaginales dentro de una ciudad entendida en el sentido expuesto. Caminar “en barrio” con todas las características que el término contiene: descentrar los centros y, circulando, diseñar otros círculos que, unidos, formen constelaciones nómadas todavía por brillar.

**Palabras clave:** Ciudadanía - Comunidad - Vulnerabilidad - Imaginación - Sueño creador

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 93-94]

---

<sup>(1)</sup> **Marifé Santiago-Bolaños** es Poeta y Ensayista, Doctora en Filosofía, Profesora de la Universidad Complutense de Madrid (España), Académica correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, Patrona de la Fundación María Zambrano (España).

[Carta de Marifé Santiago-Bolaños a las integrantes de Athena. Comunicación personal, Marzo de 2024]

### **Tejer pensamiento de vida<sup>1</sup>**

Queridas amigas Athena

Dentro aun del aura de esta semana mágica, en la que Athena nos hemos encontrado en presencia y figura por primera vez<sup>2</sup>, comienzo la escritura de esta carta en la que trataré de hilar algunos de los hilos que hemos compartido en Madrid, “la ciudad de los caminos de agua”, como la sintió Analia antes de que le contara el origen mítico del nombre... Algo tiene de acuoso y primigenio, de creatividad y sueño que nos hayamos encontrado aquí, precisamente.

El agua me ha hecho recordar el relato que cuenta cómo llegó a ser Atenea la diosa matricial de Atenas. Su origen, es sabido, es un nacer de la frente de Zeus, no tener una madre más que nominada en el germen de los hechos, haber nacido armada (como dice María Zambrano cuando habla de la razón). Aunque quizás la lanza es un huso puesto que Atenea es la patrona y guía de las hilanderas, y esto haga que sus actos sentencien que la guerra es un combate que causa lágrimas y, por tanto, antes del enfrentamiento hay que dialogar, hay que tejer pensamiento de vida. El mito dice que hubo en disputa por el poder divino de la ciudad, tendríamos que escribir “Ciudad”, con mayúscula, puesto que eso era lo que estaba en juego: la posibilidad o no de un pacto, de un posible espacio de lo común.

Pero antes de relatar resultados, hemos de dedicarle unas líneas centrales al modo en que Atenea nació; seguramente eso nos permita entender, también, nuestro propio nombre como grupo, es decir, nuestro ser “Athena”. Su madre, apenas recordada, como decía, es Metis, quien pasa por ser la compañera primigenia del dios Zeus; es ella la que había ayudado a que Zeus llegase al poder, dándole un bebedizo para que se lo tomara Cronos y que, de ese modo, vomitara a todos sus hijos e hijas devorados tras el engaño que sustituye al siguiente por devorar, Zeus, por una piedra envuelta en un pañal. Cuando Zeus supo que Metis iba a ser madre, la devora... La gestación de Atenea sigue, pues, en el cuerpo del dios... devorador de la madre de quien sería “tejedora de vínculos y espacio de lo común”, precisamente. Este matiz, me parece, es significativo: Metis “desaparece” como individuación, pero eso no significa que no siga siendo parte, ahora de otro modo, del proceso que llevará al nacimiento de Atenea.

Ahora, de nuevo, la Ciudad: Poseidón la quería, la demostración de su poder lo fue haciendo brotar una fuente de agua salada, podríamos decir que un mar; los mares tendrían que hacernos saber que orilla y orilla los contienen y que ambas orillas son, por tanto, “el mismo mar”, pero los hemos convertido en barrera. La diosa de la sabiduría cambió el rumbo de los hechos sellándolo con la plantación de un olivo. El olivo es el árbol que simboliza la concordia, la unión. Metis, esa madre “devorada” es, si nos ajustamos a la etimología de su nombre, la sabia, la hábil, dos valores que no cuesta asociar a la simbología pacífica y ciudadana del olivo, cuyo fruto exprimido, por cierto, ha aparecido y sigue apareciendo como símbolo de lo sagrado que deviene a través de una unción.

Hallé una hermosa estela en el Museo del Louvre que reproduzco aquí. Atenea está a un lado del árbol, la representación de la ciudadanía está al otro lado; y cimentando el momento, un texto que refiere el valor de la Democracia (*Ver Figura 1*).



**Figura 1.** Atenea está a un lado del árbol, la representación de la ciudadanía está al otro lado; y cimentando el momento, un texto que refiere el valor de la Democracia (Fuente: Museo del Louvre. Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Todo esto como preámbulo y como hilo de tiempo para compartir con vosotras algo que se refiere a los espacios comunes que velan, sin embargo, por la intimidad de cada cual, por su memoria propia, y que en las ciudades reales o imaginadas podríamos señalar como “barrios”.

Hace cosa de un mes anduve deambulando por Lavapiés en fin de semana, rompiendo el hábito de no ir por allí, en general, sábado o domingo salvo excepciones de amistad o de acontecimiento simbólico. Es un barrio “de entre semana”, de día laborable con un previo o un después en el Café Barbieri, de día tejiendo vínculos que hacen comunidad y renuevan pactos sin que sea necesario, en absoluto, consensuarlo. Se darán sin otro esfuerzo que el de aceptar que se trata de uno de esos sitios que, por mucho que parezcan haber cambiado, conservan su misterio impecable. El de Lavapiés, me parece, tiene que ver con su propia historia de convivencia y expulsión, con los límites y sus transgresiones de época sin años. Con las aguas saladas de Poseidón y con el olivo de Atenea, creo que no es necesario explicar la imagen metafórica.

Como todo lugar que lo ha sido y lo es en las raíces y en el alma de la cultura sin claudicaciones, fiesta y clandestinidad, siento esos hilos allí desde que tengo conciencia de pensar estas cosas. No es raro, quizás, por ello, que la Fílmoteca Española o el Museo Centro de Arte Contemporáneo Reina Sofía, la Casa Encendida, Tabacalera, el Price, bordeen y descentren Lavapiés, que ha padecido lo mejor y emblemático y lo peor detestable de una historia que va ensayando, enterrando y desenterrando caminos.

Callejeo a sabiendas de que el plano de esta tan castiza y popular zona de Madrid se sigue dibujando para perdernos por mucho que lo conozcamos. Tiene mucho de laberinto e iniciación, con catábasis incluida. Asumimos que nunca seremos capaces de conocerla, en toda su intensidad, en todos sus secretos. Callejeo con la prudencia diletante del atardecer de un sábado. Hay comercios cerrados, las terrazas están llenas porque el frío ya lo es anticipo confortable de la primavera, los restaurantes indios, georgianos, los bazares egipcios, la biblioteca, el supermercado con sabores y aromas que son palabras del mundo entero, la peluquería emancipada de lo que se esperaba de ella, un proyecto difícil de traducir, las escuelas de teatro, los rincones “detodalavida” a los que solo te acercas cuando los necesitas, los huertos y los parques comunales, los espacios colaborativos de arquitectura ecosófica, la tienda de magia y té y la de vestidos y la de esos objetos que nunca habrías supuesto encontrar... los fines de semana cambian el ritmo, sus movimientos son distintos, pareciera que el barrio descansa porque ellos también lo hacen...

Ando despacio, soy la heredera contemporánea de aquella *flanêuse* que dejaba el confinamiento histórico, atávico y cambiaba, con su aparición inédita, las calles cívicas del mundo. Pongo la alarma en el teléfono para que el tiempo perdido con el que me reencuentro no haga que llegue tarde a la representación escénica para la que tengo entradas. Contemporánea... ya lo he dicho...

Círculo alrededor del Teatro “Valle-Inclán”. Como el Teatro “María Guerrero”, es un espacio del Centro Dramático Nacional. La encomienda de uno y de otro, sin embargo, es distinta. Recuerdo, entonces, a su antecesora, la antigua “Sala Olimpia” que fue cine en su día pero

que yo ya conocí como sala de teatro “alternativo” (así la identificábamos en los años 80 de mi primera juventud en el Madrid que recibía, en transición, la libertad democrática). Ese fuego de la Olimpia atrajo otros fuegos creadores. Eran sueños que germinaban en un antiguo garaje o en una antigua corsetería del barrio, o en esa tienda que hubo que cerrar porque su oficio ya no se correspondía con el presente. Creadoras y creadores expulsados de sus países hallaban, entonces, en Lavapiés la casa necesaria para continuar oponiéndose a las violencias dictatoriales, a la asfixia ideológica. Se encontraban con quienes, en este otro lado de la misma verdad, se arriesgaban a convertir en taller artesano, en galería de arte, en cafetín de conciertos, en sala escénica, en estudio, lugares con otras biografías muy distintas, pero que abrían las puertas al mismo porvenir del barrio, sin que sus habitantes “detodalavida” se sorprendieran de la llegada de otro vecindario, ni siquiera del que, muy distinto, acabaría por vivir en la Plaza de Lavapiés y en las calles que desembocan, siempre, en ella.

Desde los balcones del sábado observan mayores que no han salido, desde su nacimiento, de Lavapiés. Escritores afamados de los últimos siglos los reconocerían en la edad sin tiempo y volverían a hacerlos sustancia protagónica de sus obras. Su imagen forma parte de este paisaje a veces agónico, a veces resistente. Hay flores en muchos de esos balcones, y banderas que hablan de libertad y de deseos de libertad. Pienso en lo que estarán pensando, en la memoria que se topará con lo que ven desde las ventanas, en la reminiscencia, en el tiempo perdido y en el tiempo recobrado, en las esperas y en las despedidas. Y en los barrios de nuestras infancias que dejaron de ser propios, si es que alguna vez lo fueron, cuando la adolescencia y la juventud nos desplazaba a otros que acabamos haciendo, ahora sí, mucho más nuestros.

Atravieso una calle inesperada; en la fila que marca el bordillo, los bolardos han sido intervenidos en alguna acción de colectivos creadores vinculados a Lavapiés, que lo han convertido en algo más allá de lo útil. Mucho más allá, porque han pintado la forma prescriptiva (lo que “aquí no se puede aparcar” que suponen) transformando el itinerario en una exposición urbana al aire libre. Me detengo en todos y cada uno de ellos, pero solo fotografío este (*Ver Figura 2*).



**Figura 2.** (...) los bolardos han sido intervenidos en alguna acción de colectivos creadores vinculados a Lavapiés, que lo han convertido en algo más allá de lo útil. (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Pienso, entonces, en la urgente y trascendental utilidad de lo inútil, y la memoria vuelve al Lavapiés del decreto de expulsión del siglo XV español, a la Europa de conversos forzados y hogueras, al de la clandestinidad española tras 1939, a las cicatrices que dejaron en las calles quienes abandonaban, por necesidad, sus aldeas y conocían metro (“subte”) y miseria que no admite réplicas ni pide voluntades. También aquí, sí, la podredumbre de la historia fue final y fue, cuando se dieron las circunstancias preparadas en esos sueños que se velan siempre, restitución o, al menos, esperanza. Esto es parte del barrio, esto es parte de un barrio... Mi pensamiento, entonces, camina por lo que significa la experiencia terrible, siempre universal, siempre colectiva, grupal, de que la razón no sea capaz de hacer un mundo habitable para los seres humanos. Pienso en las fronteras de esa razón culpabilizada y, por el contrario, en la obligación que la razón tiene de establecer tales límites. Pienso en cómo se escapa de sus celdas el inconsciente, cómo empieza a tener voz y decisión, cómo tiene que pactarse un puente en el que los recorridos de la razón como instrumento y lo que supone su afuera puedan convivir. Apolo y Dionisio mirándose, eros y thánatos mirándose. Lo que las palabras enquistadas en un significado unívoco alcanzan a mirar y a escuchar cuando tales significados también se cuestionan. El asombro y el pánico. La coreografía de los recuerdos y de los recordatorios me llevan al filo, que se convierte en abismo, donde los límites del lenguaje lo son del pensamiento, donde todo paso dado va a serlo en el abandono de cualquier esperanza, siniestra carcajada de un supuesto orden que trata de impedir el cambio de rumbo. En ese extremo de todo extremo, insisto, crear se hace cargo de la soledad, pone nombres sanadores a la experiencia de angustia y abandono sin nombre para “traer a la belleza del exilio”. Lo llamaré expresionismo como mostración y advertencia, existencialismo o abstracción como búsqueda allá donde parece que nada queda. Y, a contracorriente, lo llamaré “razón poética”.

Esta tarde nómada que, durante un fragmento de los planes, se ha salido de sí y se detiene en detalles con apariencia de serlo aleatorios, me interpela desde la memoria genealógica de Esther y de Analía y de Andrea devenidas palabra y forma en los caminos. Me interpela Agustina abriéndole vida al espacio latente y Noelia trayendo el sonido del mundo. Estamos juntas en Madrid, nos movemos a Segovia, a Lisboa. Estamos juntas y nos abrazamos sin que haya una pantalla que nos impida abrazarnos. Y nos encontramos en el café Comercial y en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, y en la Casa de la Lectura de Segovia. Y tomamos el metro juntas o paseamos. Y las ausencias dejan de serlo porque en nuestro peregrinar está la historia del agua salada y de los olivos...

Recuerdo una película de un poquísimo conocido director español controvertido en su faceta ciudadana que como tantas y tantos dejó, sin embargo, testimonios ocultos que obrarían de restitución. La película es *Surcos* y su director es José Antonio Nieves Conde. Se estrenó en 1951 y apenas pudo verse en salas comerciales porque, como en ciertas ocasiones en las que el destino juega a ser azar, se consideró un error de la censura franquista haber permitido su estreno. Transcurre en Lavapiés. Tal vez el resumen de la película, la presentación con la que da comienzo no dejó que se viera lo que se presentaba con toda intención o con insospechada justicia poética. Puedes creer o incluso hacer creer que se está

advirtiéndolo de los problemas que supone dejar el universo rural y trasladarte a una ciudad en los años de posguerra que empezaba, para España, en 1939 y se hacía guerra mundial ese mismo año. La falta de adaptación, un desprecio brotado del miedo en la escasez hacia quien llega, pero también esa superioridad clasista que se manifiesta en impiedad, convierte *Surcos* en una película con intención propagandística para disuadir a quienes deciden buscar un futuro que sus lugares de origen impiden, y en un espejo atemporal y deslocalizado. Hablo de algo que se resiste a ser pasado porque seguimos alimentándolo con idéntico desprecio. Lo que pretendo con la escritura de esta carta podría ser recorte de prensa, titular en las noticias del mundo. No es suficiente taparse los oídos con cera si seguimos siendo tripulación que rema en un barco cargado de silencios: Lavapiés habla en susurros al corazón de la humanidad y se convierte, así, en cualquier barrio de la Tierra.

Y, sí, estar con vosotras, en este marzo ya histórico para Athena, ratifica un indubitable, pese a quien pese: el sueño creador se hace cargo de la orfandad cívica, de la desprotección frustrante, no se resigna a perder la posibilidad purificadora que ha demostrado desde el principio de la conciencia. El sueño creador es la salvación de lo que en el sistema excluyente y mercantil se considera “sobrante”, “innecesario”, lo que parece cubrirles el ánimo a las exigencias en el vivir tachándolo de adorno, de ornamento añadido, valioso valor inconmensurable sin medidas ni medición. El sueño creador es la semilla que germina en Bien, es decir, en Belleza. Experiencia de Paz, es decir, Athena.

Seguimos, amigas queridas.

## Notas

1. Las fotografías que contiene esta carta son de la autora.
2. Entre el 11 y el 15 de marzo, de 2024, todas las componentes de Athena nos reunimos, sin pantallas ni distancias, por primera vez desde que empezaron nuestros encuentros. Hicimos público nuestro proyecto señalando su desarrollo y cómo este ha modificado, sustancialmente, características y consecuencias tanto personales como epistemológicas y creativas de todas nosotras. Con una agenda vertebrada por esta ocasión especial, fuimos combinando nuestra actividad personal con la creación de espacios públicos donde compartimos un viaje creador que dio comienzo, datable, durante los durísimos meses de confinamiento global en 2020 que, en nuestro caso, acercaba a seis creadoras y pensadoras que, individualmente, no nos conocíamos todas entre sí; el tejido que empezó a armarse, desde la primera convocatoria, nos hizo olvidar que estábamos, físicamente, en Argentina, en Francia, en Estados Unidos o en España y ser conscientes de que la amistad no necesita años para reconocerse y afianzarse. Ya todas en España, en este marzo de 2024 señalado, el día 11 compartimos, en el emblemático Café Comercial de Madrid, la presentación de las 20 primeras entregas de la colección de pensamiento creativo “Palabras Hilanderas”, dirigida por Marifé Santiago para la Editorial Huso, colección en la que participa Andrea

Saltzman. El martes 12 Andrea Saltzman y Agustina Sario viajaron a Segovia donde las esperaba Noelia Gómez González para filmar un hermosísimo poema visual que podríamos llamar “ecosófico” y que es una de “las cartas” de *Cuaderno de Athena*; esa tarde presentamos, en la segoviana Casa de la Lectura, el viaje de Athena y lo que queríamos que fuera este “Cuaderno” ya en marcha. El día 14 Athena al completo se presentó en el seminario “Derivas” de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid; y en la misma Universidad, al día siguiente, Analía Segal, Agustina Sario y Andrea Saltzman ofrecían una inolvidable master-class al alumnado del doble grado de Filosofía y Derecho, en la asignatura impartida por Marifé Santiago.

---

**Abstract:** The aim of this article-letter is to analyse the civic value of designing, from creative thought, spaces of the commons where we can recognise ourselves as subjects of them. And with this, to be able to put into practice the meaning and possible consequences of an attitude of listening and contemplation that allows us to be, beyond the theoretical, *primus inter pares*. With a methodology ‘in movement’, thought is guided by links between the present and the involuntary memory, configuring an always open map of motifs and interpellations, typical of the aesthetic experience, in which details take on an extraordinary value. To this end, the starting point is the mythical story that attributes to the goddess Athena the foundation of the democratic city, represented by Athens. To go through, without ‘pre-judgements’ or canonical plans, the underlying idea behind the profound interpretation of the story, is also a presentation of ‘Athena’: poetic reason conceiving, without excluding either vulnerability or desire, spaces as concrete as they are imaginary within a city understood in the sense set out above. Walking ‘in the neighbourhood’ with all the characteristics that the term contains: decentering the centres and, by circulating, designing other circles that, united, form nomadic constellations yet to shine.

**Keywords:** Citizenship - Community - Vulnerability - Imagination - Creative dreaming

**Resumo:** O objetivo deste artigo-carta é analisar o valor cívico de projetar, a partir do pensamento criativo, espaços comuns onde possamos nos reconhecer como sujeitos deles. E, com isso, ser capaz de colocar em prática o significado e as possíveis consequências de uma atitude de escuta e contemplação que nos permita ser, além do teórico, *primus inter pares*. Com uma metodologia “em movimento”, o pensamento é guiado por vínculos entre o presente e a memória involuntária, configurando um mapa sempre aberto de motivos e interpelações, típicos da experiência estética, em que os detalhes assumem um valor extraordinário. Para isso, o ponto de partida é a história mítica que atribui à deusa Atena a fundação da cidade democrática, representada por Atenas. Percorrer, sem “pré-julgamentos” ou planos canônicos, a ideia subjacente à interpretação profunda da história é também uma apresentação de “Atena”: a razão poética que concebe, sem excluir a vulnerabilidade ou o desejo, espaços tão concretos quanto imaginários dentro de uma cidade entendida no sentido exposto acima. Andar “no bairro” com todas as características que o termo con-

tém: descentralizar os centros e, circulando, desenhar outros círculos que, unidos, formam constelações nômadeas ainda por brilhar.

**Palavras-chave:** Cidadania - Comunidade - Vulnerabilidade - Imaginação - Sonho criativo

---